

# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE \*\* BARCELONA, enero de 1895 \*\* NÚMERO 16

— Con el presente número se entregará el cuaderno 16 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



LAGARDE VALLON Y BAZÁNEZ SE ENCONTRARON, AL FIN, Y AL PUNTO DESENVAINARON LOS ACEROS

## SUMARIO

Curiosidades del duelo (*conclusión*).—Hortensia de Castro (*continuación*).—El espectro de Tappington.—Pensamientos.

## CURIOSIDADES DEL DUELO

(*Conclusión*)

«Yo tiré una estocada á mi adversario; pero fué demasiado corta, y al retirar el brazo recibí una herida; quise repetir el golpe, y, sin tocar esta vez tampoco á mi adversario, éste me dirigió una estocada bastante certera que me atravesó el pecho casi hasta la espalda. La sangre corría de mis tres heridas, y ya comenzaba á desfallecer; pero mi adversario, sin querer respetar las condiciones en que se había convenido, continuó sus ataques, y entonces me tiré á fondo para atravesarle el corazón. Lord Bruce evitó en parte la estocada; pero la secundé, y esta vez con mejor suerte, puesto que al punto gritó:

»—¡Soy hombre muerto!

»Cayó de espaldas, y yo me arrodillé sobre él, preguntándole si me pedía la vida; pero contestóme negativamente, diciendo que le importaba poco. Estas palabras me desarmaron, y fui á llamar á un cirujano, sin tomar la espada de mi antagonista, á quien, por otra parte, consideraba ya como hombre muerto.

»Así terminó el duelo, y me puse al punto en manos de mi cirujano, casi desfallecido por la pérdida de sangre, cuyas solícitas atenciones fueron más que suficientes para restablecerme muy pronto.

»*Ed. Sackville.*»

Francia ha sido siempre el país de los duelos; pero ni allí ni en ninguna otra parte florecieron nunca tanto como en el reinado de Enrique IV. Entre 1589 y 1608, según se ha dicho, nada menos que *ocho mil* caballeros perecieron en lances de honor. Cada calle de París tenía sus matones durante aquel reinado, y uno de ellos, llamado Lagarde Vallon, llevó á cabo tales proezas, que excitó la envidia de otro llamado Bazánez. Este último envió á Lagarde Vallon un sombrero, diciéndole que iría á recogerlo y á matar al que lo llevara puesto. Lagarde, sin hacer caso alguno, usó el sombrero y paseó por todas partes, buscando á Bazánez, á quien no conocía ni de vista. Los dos matones se encontraron, al fin, y al punto desenvainaron los aceros. Bazánez recibió un tremendo tajo en la cabeza; pero como tenía el cráneo muy duro, la espada se deslizó. La estocada que siguió fué mejor dirigida y produjo más efecto.

—Esta es por el sombrero,—decía Lagarde, al descargar sus golpes;—ésta por la pluma, y ésta por la cinta.

Bazánez perdía mucha sangre, pero aún resistía vigorosamente, y, precipitándose sobre Lagarde, derribóle en tierra.

—Pide merced! —le gritó, después de haberle inferido diez ó doce heridas.

—No! ; No! —contestó Lagarde.

Y cogiendo entre sus dientes la barba de su adversario, la mordió hasta el hueso, descargando después tan fuerte golpe con el puño de la espada en la cabeza de su antagonista, que le partió la parte posterior del cráneo. Lo más singular del caso es que los dos sobrevivieron.

De aquella época se recuerdan muchos incidentes de este género. Sabemos de dos hombres que se batieron con puñales, siendo la condición no servirse más que de la mano izquierda; y de otros dos que se encerraron, y de otros dos que, colocados en un barril grande, se picaron con sus cuchillos. Bussy d'Amboise y Saint-Phal se batieron por las ietras de un bordado, sosteniendo el uno que eran equis, y el otro que eran fes. Se encontraron en el terreno, y Bussy quedó herido; mas, apenas se restableció, retó de nuevo á su adversario, y hasta quiso matar al capitán de los guardias del rey, enviado para impedir el combate. La contienda amenazaba prolongarse, hasta que uno de los dos murió, y tomaba el carácter de una vendetta corsa; pero el rey se interpuso, y con esto terminó la cuestión.

Algunos años más tarde hubo cierto barón de Aspremont tan aficionado á batirse, que su mayor satisfacción era tener tres duelos en un solo día. Una vez comenzó por la mañana, y mató á su adversario, que, no obstante, le había pinchado en una pierna; la herida le causaba mucha molestia, y, llegada la hora de comer, el barón, muy inquieto en la mesa, entretuvose en tirar bolitas de pan á sus amigos; una de ellas tocó en el rostro á un extranjero, y éste, sin atender á consideraciones, retó al que le había inferido, en su concepto, un agravio. El barón atravesó el brazo á su contrincante, y poco después se le llamó para servir de padrino en un tercer encuentro; pero éste no se llevó á cabo.

El caballero d'Andrieux era otro duelistas por el estilo, pero más temible aún, pues antes de cumplir los treinta años había matado ya setenta y dos hombres en otros tantos encuentros.

—Caballero,—dijo uno de sus contrarios al medir espadas con él;—seréis el décimo hombre que he matado.

—Y con vos,—contestó el otro,—habré dado cuenta de setenta y tres.

El resultado confirmó las palabras del caballero.

Cyrano de Bergerac es otra figura notable en la historia de los duelos. Distinguíase por su singular destreza en el manejo de la esgrima; mas, á pesar de su habilidad, no pudo impedir que se la señalaran varias veces; y tal fué el número de sus encuentros, que, al fin, dicha parte llegó á ser una curiosidad en su persona. Sin embargo, considerábase como muy peligroso tratar de cortársela, y una docena de caballeros pagaron con sus vidas el empeño de verla de cerca.

«No puedo creer que un hombre sea intrépi-

do,—decía Francisco de Montmorency (ejecutado más tarde por haber infringido abiertamente el famoso edicto de 1626 sobre los duelos),—si no se ha batido con Bergerac.»

Tal vez se deba considerar como el más curioso de los duelistas á M. de Sainte-Foix, hombre que, á pesar de su talento, parecía estar siempre ansioso de ver la sangre de su prójimo. Una tarde estaba en el café Procopio, cuando de improviso entró un oficial de guardias del rey y pidió que le sirvieran café y un bollo, diciendo para sí en voz baja:

—Eso bastará para mi comida.

—Pobre comida es ésa,—observó Sainte-Foix, que había oido las palabras.

El oficial le miró con asombro.

—Repite,—añadió Sainte-Foix,—que ésa es muy pobre comida.

Y como volviese á decir lo mismo varias veces, sin conocer á la persona á quien dirigía sus palabras, el oficial se amostazó, al fin. Siguióse un duelo, y Sainte-Foix quedó herido.

—No me importa,—dijo;—siempre repetiré que una taza de café con bollo es una pobre comida.

—Caballero,—dijo en cierta ocasión á una persona á quien no conocía;—tenéis un marcado olor á cabra.

El interpelado desafió á Sainte-Foix; pero éste se limitó á contestar con la mayor calma.

—¿De qué servirá eso? Si matáis, no oleréis mejor, y si os mato, oleréis mucho peor.

Atravesando un largo período, llegamos á un famoso duelo de los tiempos de Napoleón, que concluyó en 1813, después de haber durado diez y nueve años. Hé aquí los hechos:

Fournier, capitán de húsares, inveterado duelist, había matado sin provocación en Estrasburgo á un joven llamado Blumm, único apoyo de una considerable familia. Tal era la habilidad de Fournier, que aquel lance se consideró poco menos que como un asesinato. En la noche del día en que se enterró á Blumm, el general Moleau dió un baile; y como se sospechó que Fournier se presentaría, diérонse órdenes al capitán Dupont para que le prohibiese la entrada. La consecuencia fué que éste último recibió un reto, el cual aceptó muy gustoso, con la esperanza de castigar la insolencia de aquel endurecido matón.

Fournier fué herido; pero, al caer, exclamó:

—Tiene V. el primer punto.

—¡Pues qué!—repuso el capitán Dupont.—¿Piensa V. volver?

—Sí,—contestó el otro,—y espero que no tardaré.

Al cabo de un mes, tocóle á Dupont quedar herido. Fournier propuso pistolas; pero el capitán rehusó aceptar un arma que daría á su adversario mucha ventaja, pues era tal su destreza, que muy á menudo, cuando los soldados de su regimiento pasaban á caballo al galope fumando en su pipa, arrancaba ésta de la boca de cualquiera de un balazo. Sin embargo, en el manejo de la espada, los dos se distinguían por una destreza casi igual; de modo que la contienda parecía interminable; pero resolvieron per-

sistir hasta que uno de ellos se diese por vencido. Para regular sus combates, convinieron en las condiciones de una especie de contrato: «1.º Cuando Dupont y Fournier se hallasen á treinta leguas de distancia uno de otro, cada cual recorrería la mitad del camino para encontrarse con la espada en la mano. 2.º Si uno de los dos no pudiese hacerlo así por tener que cumplir con sus deberes militares, aquel que se hallase libre debería franquear toda la distancia, á fin de que pudieran armonizarse las reglas del servicio con las condiciones del tratado. 3.º No se admitirían excusas sino por causas del servicio militar. 4.º Habiéndose estipulado el contrato con buena fe, ninguno debía separarse de las condiciones convenidas.»

El contrato se observó religiosamente, y la más sincera amistad no hubiera creado entre los dos oficiales más sincero deseo de aprovecharse de la menor oportunidad para batirse.

«Querido amigo,—escribe cierto día uno de aquellos excéntricos combatientes;—estará en Estrasburgo el 5 de noviembre por la tarde. Espéreme V. en el Hotel de Correos, y cruzaremos un poco.»

De vez en cuando producía una tardanza, y en cierta ocasión, Fournier escribió por causa de esto á su antagonista lo siguiente:

«Mi querido Dupont: he sabido que el emperador, reconociendo sus méritos, ha tenido á bien ascenderle á general. Acepte mis sinceras congratulaciones por una promoción que es muy merecida. Su nombramiento me satisface doblemente, porque ese ascenso nos proporcionará la ocasión de cruzar la espada otra vez.»

Los dos antagonistas llegaron á ser generales; pero los encuentros continuaban. Unas veces Dupont hería á Fournier, y otras sucedía lo contrario: y en muchas ocasiones se prolongó la contienda hasta que llegaban oficiales y apresurábanse á separar á los antagonistas.

Al fin, Dupont se cansó de aquella lucha continua; trataba de casarse, y quería, ante todo, arreglar el asunto con Fournier. Buscóle, y le propuso terminar la contienda con pistolas, conviniéndose en que, para igualar las probabilidades, el combate se verificaría en un bosquecillo.

En su consecuencia, cuando llegó el día señalado, verificóse el último encuentro de aquellos dos impertérritos combatientes. Avanzando los dos en busca uno de otro, divisáronse, y cada cual se refugió al punto detrás de un árbol; pero Dupont, inferior en destreza, apeló á la astucia: levantó un faldón de la levita, é hizole salir del tronco. Silbó una bala, y atravesólo en el acto. Pocos minutos después la boca de la pistola de Dupont apareció en el otro lado del tronco, mientras que al mismo tiempo se proyectaba un pico del sombrero, como si el que lo llevaba se preparase para hacer la puntería. Un instante después, una bala hizo volar el sombrero entre los matorrales.

—En mis manos está la vida de V.,—dijo Dupont, saliendo de pronto de su escondite;—pero no la tomaré.

—Como V. guste,—contestó Fournier.

—Pero,—añadió su adversario,—quiero reservarme el derecho de introducirle dos balas en la cabeza cuando me plazca, y, por lo tanto, le aconsejo que no se acerque á mí.

Así terminó aquella larga contienda.

En el *Registro Anual* se encuentran las dos siguientes anécdotas referentes á prisioneros franceses en Inglaterra, y nos revelan hasta qué punto puede llegar la inventiva con los duelistas cuando carecen de armas.

Dos prisioneros franceses que estaban á bordo del *Sanson*, buque-prisión anclado en Gillingham Reach, careciendo de espadas, fijaron unas tijeras en las puntas de dos palos, y sin ser vistos de nadie se batieron. Uno de ellos, herido en el abdomen, murió.

■ Otros dos oficiales franceses, prisioneros bajo palabra en Reading, se batieron en duelo en un campo próximo al camino de Oxford, y uno de ellos recibió un balazo á través de la parte posterior del cuello. No siéndoles posible adquirir pistolas, habían convenido en servirse de escopetas, disparando alternativamente á la distancia de cincuenta pasos. El primer tiro decidió la cuestión; pero el herido recibió de su compañero todos los auxilios posibles, acompañándole á su alojamiento en un coche.

En Francia se ha conservado hasta cierto punto la costumbre del duelo; pero en Inglaterra no se conformó con el progreso de los tiempos, y extinguióse, aunque no sin trabajo. En la famosa *Historia de los Duelos* de Millingen encontramos un ejemplo en la causa del mayor Alexander Campbell, por el asesinato voluntario del capitán Alexander Boyd, que servía en el mismo.

De los testigos que se presentaron reproduciremos algunas de las declaraciones, que dieron por resultado el fallo del tribunal.

George Adams, cirujano del regimiento 21.º, dijo que el 23 de dicho mes el capitán Boyd murió de una herida de bala de pistola, que, penetrando por la extremidad de las cuatro costillas falsas, se alojó en la cavidad del vientre. Aquel día, el regimiento fué revistado por el general Kerr, y después de la inspección, éste y los oficiales se retiraron, excepto el mayor Campbell, el capitán Boyd, el testigo y un teniente. Entonces dió principio una conversación entre el mayor y el capitán. El primero dijo que el general le había corregido aquel día sobre la manera de dar una orden; pero que él pensaba no haber incurrido en error, y para probarlo la repitió, diciendo cómo se le había corregido. El capitán Boyd observó que ni una cosa ni otra eran correctas, según Dundas, que era la orden del rey; y esta observación, según los testigos, fué hecha en el tono más natural. El mayor Campbell repuso que tal vez no sería conforme á la orden del rey; pero que, en su opinión, no era incorrecta. El capitán Boyd insistió en lo contrario, y sobre esto arguyeron algún tiempo hasta que el capitán dijo que lo sabía tan bien como el primero. El mayor replicó que lo dudaba, y entonces el capitán, contestando que lo sabía mejor

que él, añadió que podía tomar su respuesta como quisiese.

—¿Quiere V. decir,—preguntó el mayor, levantándose de su asiento,—que estoy equivocado?

—Sí,—contestó el capitán.—Sí que tengo razón en cuanto á las órdenes del rey.

El mayor Campbell salió entonces de la estancia, y el capitán permaneció en ella algún tiempo, después de lo cual despidióse del teniente Hall y del testigo. Estos últimos pasaron después á otro cuarto, y el capitán Boyd se presentó poco después para hablar con ellos. Luego salieron juntos, y el testigo dejó al capitán en la habitación del teniente Dewar. Veinte minutos después fui llamado para ver al capitán Boyd. Acudí presuroso y encontréle sentado, vomitando. Tenía una herida, que desde luego juzgué como muy peligrosa; y, en efecto, no sobrevivió más de diez y ocho horas. Permanecí á su lado hasta que murió, y en este tiempo le ví empeorar cada vez más.

John Macpherson, teniente del mismo regimiento, dijo que conocía al mayor Campbell y al capitán Boyd, y recuerda el día del duelo. En la noche del mismo, cuando subí á su cuarto, á eso de las nueve, parecióle oír al mayor Campbell las siguientes palabras:

—En boca de un hombre moribundo todo está bien.

—Campbell,—repuso el capitán;—V. es un mal hombre.

—Dígame,—repuso el mayor,—si no he procedido lealmente.

En aquel momento entraron el teniente Hall y un amigo suyo, y el capitán contestó delante de ellos:

—Sí; pero ya recordará V. que yo quería esperar á que viniesen algunos amigos.

—¿No dijo V. que ya estaba dispuesto?

—Sí,—contestó el capitán;—mas repito que es V. un mal hombre.

Se condujo al herido á la habitación inmediata, y el mayor fué detrás. Poco después este último preguntó al capitán si le perdonaba, y Boyd le estrechó la mano, diciéndole:

—Le perdono, y siento lo que ha pasado por V. tanto como por mí.

El mayor salió en seguida de la habitación.

Otros testigos declararon, y de cuanto dijeron resultó probado el duelo, pero también que el mayor había tenido tiempo suficiente para serenarse después del altercado, tanto más cuanto que había ido á su casa y vuelto, según varios testimonios.

Instruída la causa con la mayor actividad y reunido el consejo de guerra, hizose la comprobación de las declaraciones, se recapitularon las pruebas, y el jurado se retiró á deliberar. Media hora después presentóse con su veredicto, en el cual se consideraba al mayor Campbell como «culpable de asesinato; pero se le recomendaba á la merced del soberano, atendidos sus servicios y condiciones.»

Esta recomendación no fué atendida, y sentencióse al mayor á ser ejecutado el lunes si-

guiente; pero se concedió una prórroga hasta el miércoles.

La Sra. Campbell se presentó á los ministros para entregarles un memorial, á fin de obtener una segunda prórroga, después de haber solicitado inútilmente audiencia del soberano.

El caso se discutió mucho en el Consejo; pero, después de estudiar detenidamente todas las circunstancias, resolvióse dejar que la ley siguiera su curso.

tumba, fué trasladado en un ataúd á Escocia para darle sepultura en la bóveda de la familia.

El mayor era primo del conde de Breadalbane y hombre muy apreciado y querido de todos sus amigos, y su fatal duelo dejó cuatro huérfanos. La infortunada irritación de un momento privó á la sociedad inglesa de un hombre que siempre se había distinguido por su rectitud y sus buenas costumbres, y que dejaba



**CURIOSIDADES DEL DUELO:** Yo me arrodillé sobre él, preguntándole si me pedía la vida

Cuando el mayor supo lo que le esperaba, preparóse para recibir la muerte con la fortaleza del soldado y la resignación del cristiano. Habiérase producido un cambio en la opinión pública, y el sentimiento era general, habiéndose desvanecido las preocupaciones producidas por falsos informes sobre aquel duelo. Por una extraña coincidencia, su propio regimiento fué designado para formar al rededor del patíbulo. Una inmensa multitud ocupó todos los sitios desde donde se podía ver el lugar de la ejecución. Había acudido gente hasta de los alrededores de la ciudad y del campo, y vióse a muchas personas vestidas de luto.

Cuando el mayor apareció en la plataforma, los bravos Montañeses de Escocia se descubrieron, así como también toda la multitud, entre la cual reinó el más profundo silencio mientras duró el acto. Un sordo murmullo anunció que todo había terminado. El cuerpo, después de estar suspendido las horas de cos-

ba una viuda para llorar su irreparable pérdida. Lo mismo podía decirse de la familia del capitán Boyd, que, careciendo de fortuna, sufrió todas las contrariedades que lleva consigo la falta de recursos.

Tales fueron las consecuencias del triste due-  
lo á que dió lugar una cuestión insignificante,  
pero que sirvió de ejemplo para extirpar una  
mala costumbre.

## EL ESPECTRO DE TAPPINGTON

## DE LAS LEYENDAS DE INGOLDSBY

—Es muy extraño. ¿Qué puede haber sido de ellos?—preguntóse Carlos Seaforth, mirando debajo de un viejo catre, en una habitación de estilo antiguo, perteneciente á un castillo no menos vetusto.—Es singularmente extraño

y no puedo explicármelo. ¿Dónde están, Barney, y dónde diablos os halláis vos mismo?

El llamamiento no fué contestado, y el teniente, que no dejaba de ser razonable, por lo menos en cuanto puede serlo cualquier hombre joven de veintidós años que ha entrado en el servicio militar, serenóse un poco cuando reflexionó que mal podría contestarle su criado si estaba en sitio desde donde no le fuera posible oírle.

El resultado de sus reflexiones se redujo á tirar de la campanilla, y casi en el mismo instante oyó unos pasos firmes y acompañados en la galería.

—¡Entra pronto! —gritó el amo.

Pocos segundos después, el teniente oyó que se esforzaban por abrir la puerta, y esto le recordó que la había cerrado.

—¡Pardiez! —murmuró. —Esto es lo más extraño de todo.

Y, dando vuelta á la llave, abrió para que su criado entrara en el dormitorio.

—¿Dónde están mis pantalones, Barney? —preguntó al punto.

—¿Los pantalones? —repuso el criado, paseando alrededor una mirada investigadora. —¿Los pantalones dice V.? —añadió.

—Sí, hombre. —¿Qué has hecho de ellos?

—Seguramente, los tenía V. puestos cuando se acostó, y á la fuerza deben estar por aquí... No me cabe duda.

Así diciendo, Barney levantó un capote que había en un sillón, mirando después por todas partes; pero solamente vió un elegante chaleco de casimir. El artículo más importante en el guardarropa de un hombre no se hallaba en ninguna parte.

—Pero ¿dónde pueden estar? —preguntó el amo con expresión de asombro.

—Yo no lo sé, —contestó Barney.

—Pues el diablo mismo habrá estado aquí, y, sin duda, se los ha llevado, —contestó Seaforth, mirando fijamente á su criado.

Barney no dejaba de ser tan supersticioso como sus compatriotas; pero siguió mirando por todas partes, como si no se conformase con la opinión emitida, y entonces su amo le miró detenidamente, creyendo leer en su rostro una expresión de incredulidad.

—Yo te aseguro, Barney, —dijo, —que puse los pantalones en esa silla cuando me acosté, y debo añadir que he visto claramente el fantasma del hombre de quien me hablaste que entra á media noche, se ponía mis pantalones y se marchaba.

—Tal vez sea así, —contestó el criado, muy perplejo.

—Yo creí que era un sueño; pero, si no es así, ¿dónde diablos han ido á parar mis pantalones?

La pregunta era fácil de hacer, pero no de contestar. Barney volvió á comenzar su registro, mientras que el teniente, cruzado de brazos y apoyándose en la mesa, entregóse á sus reflexiones.

—Después de todo, —dijo, al fin, —tal vez sea esto una jugarreta de mis traviesas primas.

—Ah! Sí, las señoritas, —murmuró Barney, aunque la observación no iba dirigida á él — La señorita Carolina ó su hermana Fani serán las que se han permitido esta broma.

—Apenas sé qué pensar, —prosiguió el teniente, como aturdido por lo que pasaba y hablando aún en soliloquio, con la mano apoyada en la puerta del aposento. —Yo cerré con llave; estoy seguro de ello; y... Pero debe haber alguna otra entrada en esta habitación. ¡Ah!... Ya recuerdo... Hay una escalera privada. ¿Cómo he podido ser tan tonto?

Así diciendo, el teniente cruzó la habitación, dirigiéndose á uno de los ángulos extremos, donde era aparente, aunque no mucho, una puertecilla baja. Seaforth la examinó más de cerca y pudo notar varias señales, por las que se reconocía que en otro tiempo debía haber estado oculta aquella puerta por algún tapiz, pues aún quedaban algunos restos en las paredes á cada lado de aquella salida.

—Sin duda, han venido por aquí, —dijo el teniente. —Hubiera dado algo bueno por sorprenderlas en el acto.

—¡Qué traviesas! —murmuró Barney.

Pero el misterio distaba mucho de haberse aclarado. Ciento que había «otra puerta»; mas después de examinar detenidamente resultó estar más asegurada que la que daba á la galería, pues dos pesados cerrojos en el interior bastaban para impedir cualquier golpe de mano contra el dominio del teniente, que experimentó mayor asombro ante esta circunstancia. La más minuciosa inspección de las paredes y del suelo no arrojó ninguna luz sobre el asunto, y lo único que resultaba evidente era que el pantalón había desaparecido.

—¡Es muy extraño! ¡Es muy extraño! —repetía el teniente.

Tappington Everard es una antigua, pero cómoda casa-castillo, situada en el distrito territorial del condado de Kent. Uno de los primeros propietarios había sido magistrado en la época de Isabel, y aún se referían muchas y oscuras tradiciones sobre su vida licenciosa y enormidad de sus delitos. En la escalera de aquella mansión veíase una mancha de sangre que había resistido siempre á la fuerza del jabón y de la arena; mancha indeleble que revelaba, sin duda, algún crimen; y en una habitación particular, según se aseguraba, habíase cometido un acto verdaderamente atroz. Un extranjero, dice la leyenda, llegó de improviso á la mansión del gran Sr. Giles el Malo, como se le llamaba, y éste recibió al visitante con mucha cordialidad, al parecer; pero su entrecejo indicó á los criados que la visita no era *nada agradable para el amo*.

No obstante, sirvióse la comida, y el vino se apuró libremente, tal vez demasiado, pues al poco rato la servidumbre oyó voces descompasadas y gritos, mientras se entregaban también á frecuentes libaciones, sin duda para imitar á su señor.

Alarmados algunos de ellos, aventuráronse á llegar hasta cerca del gran comedor, y uno, el más antiguo en la casa, atrevióse á llegar

hasta el amo para preguntarle si necesitaba alguna cosa. El Sr. de Giles, hombre de muy mal genio, ordenóle que se retirase al punto, y el hombre obedeció; mas tuvo tiempo de oír al extranjero pronunciar las siguientes palabras en son de amenaza:

—En mi bolsillo tengo alguna cosa que anulará el derecho del caballero á dar órdenes en Tappington de puertas adentro.

La entrada del criado, aunque momentánea, debió producir un efecto benéfico, pues las voces de los contendientes cesaron, y la conversación siguió su curso en tono conciliatorio, y, llegada la noche, cuando se llamó á los criados para que trajeran luces, pudieron reconocer, no solamente que se había restablecido la cordialidad, sino que los dos hombres parecían los mejores amigos. Ya muy entrada la noche, ó, más bien, poco antes de rayar el día siguiente, el amo y su visitante se retiraron á sus habitaciones.

La que se había destinado para el extranjero hallábase situada en el primer piso del ángulo oriental del edificio, y en otro tiempo fué la habitación favorita del mismo Sr. de Giles. Según malas lenguas, esta preferencia era debida á la facilidad que le proporcionaba una escalera secreta, que en tiempo del antiguo dueño se comunicaba con el exterior para salir á las altas horas á emprender sus perversas correrías; pero esta consideración dejó de tener importancia cuando la muerte de su padre le dejó dueño del dominio y de sus acciones. Desde aquella época, el Sr. de Giles había tomado para sí las «habitaciones principales», y rara vez entraba en el aposento á que se había dado el nombre de *cámara de robles*, excepto en las grandes ocasiones, cuando se celebraba alguna fiesta ó se reunían convidados en los días de Navidad.

En tal ocasión se preparó dicha cámara para el visitante desconocido, que buscó su lecho, enardecido aún por las libaciones; mas por la mañana no se encontró más que su cadáver, hinchado y ennegrecido. En el cuerpo no se hallaron señales de violencia. Por la lividez de los labios y ciertas manchas oscuras muy visibles en la piel despertáronse en algunos sospechas que no tuvieron suficiente valor para manifestar.

El Sr. de Giles dijo confidencialmente que la apoplejía ocasionada por los excesos de la noche anterior, eran, indudablemente, la causa de aquella muerte repentina.

El cadáver fué sepultado en paz; y, aunque algunos movieron la cabeza al ver con qué apresuramiento se procedía en el funeral, ninguno se aventuró á murmurar. Otros acontecimientos distrajeron la atención, y ya no se pensó más que en las agitaciones políticas del día; mientras que la aproximación de la formidable armada, que tan vanamente se arrojó un título que los mismos elementos y el valor humano debían desaprobar, bastó para que se olvidase pronto el recuerdo del desconocido que había muerto tan repentinamente en la casa mansión de Tappington Everard.

Transcurrieron los años, y Giles el *Malo*, último individuo de la familia, según se aseguraba, había sido llamado á su vez á dar cuenta de sus actos ante el tribunal de Dios. Sin embargo, algunos de los más antiguos arrendadores hablaban á veces de un hermano del difunto, que había desaparecido siendo muy joven; y que no heredó el dominio.

También circularon rumores de que había dejado un hijo en tierra extranjera; pero extinguieronse, al fin, sin que nada viniese a confirmarlos. La propiedad pasó á una rama colateral de la familia, y el secreto, si existía, quedó sepultado en el cementerio de Denton bajo la losa que guardaba los restos del misterioso visitante.

Solamente medió una circunstancia, al cabo de mucho tiempo, para que resucitase el recuerdo. Algunos trabajadores que se ocupaban en cavar en una antigua plantación, para destinárla á un nuevo cultivo, encontraron los restos de lo que parecía haber sido un traje de la edad media, y después de una minuciosa inspección encontraron suficientes flecos de seda y un bordado ordinario, para reconocer que los restos debían haber formado parte de un calzón. Algunos papeles que cayeron de un bolsillo, ilegibles ya por efecto de la humedad y de los años, fueron entregados por los ignorantes rústicos al dueño del dominio.

Nunca se supo si el castellano había conseguido descifrar lo que decían aquellos papeles, y poco se habría pensado sobre el asunto, á no ser por el inconveniente recuerdo de una vieja que había oido decir á su abuelo que cuando se envenenó al desconocido visitante, aunque todas sus ropas estaban allí, no se encontró el pantalón, supuesto depósito de los papeles encontrados.

El dueño de Tappington Everard se sonrió al oír la indicación de la tía Juana cuando habló de hechos que podían anular la validez de su propio título en favor de algún descendiente desconocido; y rara vez se hizo referencia alguna á semejante historia más que por dos ó tres hombres supersticiosos, los cuales alegaban haber oido decir que se había visto el fantasma del anciano Sr. de Giles salir de la casa-castillo, dirigirse al campo inmediato y agitar los brazos en señal de angustia, mientras que buscaba, al parecer, inútilmente alguna cosa oculta entre la yerba.

La habitación mortuoria del extranjero, según se decía, era visitada por su espectro desde que murió, aunque muy de tarde en tarde, pues el ama de gobierno, Sra. Botherby, sosténia que durante su larga permanencia en la casa-castillo no había encontrado nada de particular, si bien le pareció haber visto al mismo diablo una vez.

(Se continuará)

### \*\*\* PENSAMIENTOS \*\*\*

—La paciencia es una virtud que vale más de lo que se la estima.



EL ESPECTRO DE TAPPINGTON: Algunos afirmaban haber visto el fantasma del anciano Giles dirigirse al campo y agitar los brazos en señal de angustia

—La moderación en las acciones impone la

—Las personas verdaderamente buenas no moderación en el lenguaje.

abusan jamás de la generosidad.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—MANUEL PLA Y VALOR: Avenida de San Bernardo, n.º 19 pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA